

SINTESIS DE LA EVOLUCION HISTORICA DE LA IV REGION

La IV Región, llamada a veces NORTE CHICO, inició muy temprano un desarrollo histórico diferente al de otras regiones del país. Su ocupación fue relativamente fácil, pues los españoles no encontraron en ella la tenaz resistencia presentada por los araucanos al sur de además de una población indígena numerosa y de las riquezas en México y en el Perú. Ello explica la falta de interés los primeros gobernadores de Chile por una región, que terminó convirtiéndose en zona de tránsito hacia Perú. En medio de un cierto aislamiento, se moldeó una sociedad en la que también tuvo alguna influencia su geografía física. A la llegada de los españoles, la zona sustentaba a una población aproximada de veinte mil habitantes. La ciudad de La Serena, su capital, situada en el centro, se constituyó en un punto aglutinador de la zona.

La economía regional experimentó en el período colonial sucesivas transformaciones. Desde el siglo XVI hasta mediados del XVII, hubo predominio de la ganadería y la minería. Luego la agricultura especialmente el cultivo del trigo y la vid reemplazó a la ganadería; pero, a partir de 1720, la minería se subordinó a ella la Ganadería y la agricultura. El cultivo de la vid, favorecido por un clima de inviernos templados y poco lluviosos, por veranos largos y cálidos, generó la industria local de subproductos, entre los que destacan el vino, el pisco y el aguardiente. La excelente calidad de las viñas permitió desde la Colonia la exportación de estos alcoholes hacia el exterior, comercio que se mantiene hasta hoy día.

La importancia de la actividad minera de la región y su predominio como actividad básica, se debe a que el país buscó en ella un elemento estabilizador de su balanza de pagos, dinamizando en forma continua aquellas zonas ricas en minerales diversos como plata, mercurio, cobre y plomo.

Las zonas preferidas por los pobladores del Norte Chico han sido siempre aquellas donde la minería se combina con la agricultura, pues esto ofrece mejores perspectivas económicas de vida. Los extraordinarios crecimientos de algunas microrregiones en determinados períodos históricos (Coquimbo, Elquí, Combarbalá, Illapel, han sido ocasionales, teniendo como origen el descubrimiento en alguna mina o filón de cierta importancia en las cercanías. Agotadas las vetas o mantos, la población retorna a sus lugares de origen, trocando la barreta por el arado.

Formación y Consolidación de la Sociedad Regional

La presencia del conquistador español, en su afán por dominar a las poblaciones autóctonas del Reino de Chile, impuso la organización de un modelo funcional urbano.

La ciudad de La Serena (hoy día capital de la IV Región de Coquimbo, fue la segunda que se fundara por orden expresa del Capitán General y Gobernador de Chile, don Pedro de Valdivia. A fines de 1544, encargó esta misión al capitán don Juan Bohón. La resistencia inicial de los naturales, significó la total destrucción de un primer asentamiento. Cuentan los cronistas que los indios de Copiapó no habían olvidado los severos castigos impuestos por Almagro en el valle del Huasco. Así, una noche, a principios del año 1549, cuando los españoles y su capitán se encontraban desprevenidos, una gran cantidad de indios salieron por la quebrada Santa García, y se precipitaron en terrible avalancha sobre las chozas de paja, bajo las cuales reposaban de sus fatigas Juan Bohón y los suyos. No hubo cuartel: sólo dos españoles escaparon con vida.

A su vuelta del viaje al Perú, Don Pedro de Valdivia consideró necesario repoblar la ciudad de La Serena. Envío, entonces, a Francisco de Aguirre al valle de Coquimbo, con el objeto de castigar y escarmentar con severidad a los indios, y reedificar la ciudad tan necesaria para descanso y seguridad de los viajeros, que del Perú se dirigían a Santiago. El 26 de agosto de 1549, Aguirre fundó La Serena, bajo el amparo y protección del apóstol San Bartolomé.

Don Francisco de Aguirre, un soldado de la corona española, nació en Talavera de la Reina y siguió la carrera de las armas en calidad de distinguido. En las campañas de Italia obtuvo el grado de subteniente, con el que participó activamente en la expugnación de Roma. En esta ocasión, acudió con su compañía a la defensa y amparo de un convento de religiosas, en el cual, la tropa pretendía entrar a saco. El Papa, agradecido de tan noble proceder, le preguntó qué recompensa quería: el joven Aguirre respondió que se le dispensase contraer matrimonio con su prima hermana doña Constanza Montes, hija también de Talavera, merced que le fue otorgada. De regreso a España, el rey lo nombró corregidor de aquella ciudad; pero más amante de las armas que de las letras, arrojó el bastón, recogió la espada y se trasladó al Perú

con su hijo Fernando, muy niño aún. Tuvo en ese país una encomienda de indios, como co-fundador de la ciudad de La Plata. Posteriormente, pasó a Chile con don Pedro de Valdivia en calidad de capitán. Fue tres veces alcalde ordinario de Santiago; también oficial real y capitán a guerra corregidor. Ascendió a general, reconquistó Coquimbo y refundó La Serena, ciudad que puso por timbre de sus armas la inicial F, de Francisco de Aguirre. También conquistó y pobló las provincias diaguítas y juríes, en el sector trasandino, sin embargo, a pesar de que fue grande, murió olvidado en 1581.

Entre los fundadores se distinguieron Pedro de Cisternas y Diego Sánchez de Morales, quienes habían también asistido a la primera fundación. Otro de los soldados que acompañó a Aguirre fue Diego de Rojas, cuyos descendientes figurarían en la sociedad serénense.

La ciudad había sido establecida en la ribera sur del río Elqui o Coquimbo, a mil quinientos metros de la orilla del mar, sobre una meseta que se extendía de este a oeste. Se eslabonaban con la anterior otras dos mesetas, que servirían para el ensanche de la población.

Después de nombrar a los alcaldes y regidores del Cabildo Aguirre se trasladó a los valles de Huasco y Copiapó, con el fin de someter a los naturales; realizado este plan, volvió al sur para pacificar a los indígenas de Liman.

Pudo, entonces, consagrarse al cultivo de los campos y a la explotación de los lavaderos de oro de Andacollo, unidad económica importantísima en la formación de su riqueza personal y familiar. Para estos trabajos ocupaba sus encomiendas de indígenas, quienes no recibían más salario que el alimento y el vestido. El fundador de La Serena fue el principal encomendero de la comarca, pues Pedro de Valdivia le había concedido dos importantes repartimientos de indios tributarios en los valles de Coquimbo y Copiapó.

Corría 1552. Habían transcurrido tres años desde la refundación de la ciudad y escasamente cada habitante había construido su modesto rancho para guarecerse de la intemperie. Fue entonces cuando, a petición de los capitulares del Cabildo, Carlos V concedió al poblado el título de ciudad y su escudo de armas. No obstante estas distinciones, y el hecho de ser La Serena paradero obligado de los viajeros que venían del Perú o se dirigían al virreinato, su evolución fue sumamente lenta. Aguirre mismo se había visto obligado a desatenderla, a raíz de su designación como gobernador de Tucumán.

Aunque su hijo mayor, Fernando, casado con una hija del oidor de Charcas don Juan Matienzo, habría podido reemplazarlo, no sucedió así, por haberse visto comprometido en las mismas persecuciones de que fue víctima su padre. Además, cuando éste pudo regresar a La Serena, se apresuró a confiar la administración de las fincas que poseía en Copiapó a su primogénito.

En esa fecha La Serena era una pobre aldea poblada sólo por ochenta a cien vecinos españoles. Los siete encomenderos de su jurisdicción gobernaban alrededor de ochocientos indígenas de tributo. Contaba también con la parroquia y con dos conventos: La Merced y San Francisco.

La vida, sin embargo, no carecía de agrados en la ciudad. Dotada de un clima delicioso, los españoles pudieron cultivar en sus huertos toda clase de plantas y árboles frutales: manzanos, membrillos, perales, limeros, naranjos, cayotes, limoneros, damascos, ciruelos, granados y melones.

Poco antes del regreso definitivo de Francisco de Aguirre, se había celebrado en La Serena un matrimonio que estaba destinado a dar mucho lustro a la ciudad. En 1573 el valeroso soldado de Arauco Pedro Cortés Monroy, casó ante el párroco, que era el licenciado Calderón, con una hija del vecino encomendado Pedro de Cisternas. De este enlace nacieron ocho hijos, que a su vez fueron progenitores de numerosa descendencia. Desde entonces Cortés Monroy sólo pensó en aumentar el patrimonio de su familia dentro de la jurisdicción de La Serena. En recompensa de sus servicios en la guerra, a fines del siglo, el Gobernador García de Loyola le concedió una nueva encomienda de indígenas en Atelcura, el norte del Río Choapa; y el Gobernador Alonso de Ribera, por los años de 1604, ochocientas cuerdas de tierra, en el lugar llamado Huana, al sur de la actual ciudad de Ovalle; por último, en 1612, obtiene dos mil cuerdas más, próximas a las anteriores.

La descendencia legítima del conquistador Aguirre debía perpetuarse por línea femenina, pues su nieta Inés de Aguirre y Matienzo contrajo matrimonio con el capitán Francisco Ribero y Figueroa, hijo de uno de los principales encomenderos de la capital. Riberos y Figueroa se estableció en La Serena y dio a su primogénito, Fernando de Aguirre, el apellido de su suegro.

A su vez, el hijo mayor de Cortés Monroy, llamado también Pedro, casó en la misma ciudad el año 1618 con doña Teresa de Riberos y Aguirre, hija de Riberos y Figueroa. La familia Cortés Monroy debía relacionarse, a fines del siglo XVII, con la de Diego Sánchez de Morales, por el matrimonio de don Pedro Cortés Zavala con Doña María de Morales y Brayo. Estos fueron los primeros marqueses de Piedra Blanca de Huana.

De esta manera gracias a los vínculos matrimoniales de unos con otros, los Cortés, los Cisterna, los Aguirre, los Riberos y los Sánchez de Morales fueron los más poderosos vecinos del Norte Chico.

Desde un comienzo el conquistador español integró forzosamente las poblaciones indígenas a las labores auríferas y agropecuarias, lo cual produjo una disminución violenta de los aborígenes. Esto generó la necesidad de un repoblamiento de la región, para lo cual se trasladaron pueblos completos desde el otro lado de la cordillera, como también desde Arauco y Chiloé; o desde el Perú. La endémica escasez de mano de obra, en la región explicaría la introducción de los esclavos negros desde el puerto de Buenos Aires durante el periodo colonial.

A fines del siglo XVI la ciudad se sustentaba en la producción de oro extraído de las minas de Andacollo, la explotación del cobre del mineral de Brillador, así como en los productos agropecuarios cultivados en las chacaras, haciendas y estancias de los valles transversales de Elqui, Limarí y Choapa. Gran parte de esta producción generó un dinámico intercambio con la región sur-peruana y de las minas de Potosí: trigo, frutas secas, ají, vinos, aguardiente y sebo; charqui, mulas y cueros de vacuno eran enviados a través del puerto de Coquimbo. Se proveía, a la vez, al ejército vecinal de la frontera, al que se le enviaban aperos de guerra. La función proveedora de la región de Coquimbo se mantuvo, al igual que su doble vocación económica: minero y agraria. Esta riqueza, proveniente de actividades económicas locales permitiría ampliar lentamente la edificación: urbana y mejorar las condiciones y la calidad de la vida hispano criolla regional. Pero los conflictos internacionales de España incidirían con frecuencia en la seguridad y el desarrollo de la ciudad y su entorno.

En su época, la costa de Chile era el camino obligado de los galeones que transportaban a España los fabulosos tesoros argentíferos del Perú, los cuales despertaban la codicia de Inglaterra, Francia y Holanda.

La amenaza de corsarios y piratas, cuya presencia llenó de pavor a la escasa población que residía en la ciudad de La Serena y sus términos, dejó una huella imborrable en la memoria colectiva de la sociedad, la que los convirtió en figuras de leyenda.

Se dice que la pintoresca ensenada de La Herradura fue la sede social, comercial y base de operaciones estratégicas de una gran empresa de piratería denominada "La Hermandad de la **Bandera Negra**". La siniestra organización habría hecho construir en una pequeña caleta de la Herradura.

Playa Amarilla o Rincón de Los Piratas, una cámara subterránea para ocultar con seguridad los tesoros provenientes de sus depredaciones y demasías. En 1926, se encontró en este lugar una placa de bronce que dice: **"Aquí hay un tesoro. A la distancia de 90 varas. Dejo esto por haber perdido mi galeón. Hay 80 zurrones de oro y 90 de plata Año 1640. DEUL "**. Ricardo Latcham, en su obra El Tesoro de Los Piratas de Guayacán, indica que existiría otro entierro compuesto de **"1.800 barra de oro, 600 zurrones de oro en polvo, 20 ollas de oro, 680 barras de plata y 10 tinajas de jovas"**

Leyenda o historia, La Herradura mantiene el mito enigmático de los piratas, que hasta ahora atrae los buscadores de tesoros.

Los Piratas

Desde fines del siglo XVI las incursiones de piratas y corsarios fueron la pesadilla de las colonias. El poder naval de la metrópolis era insuficiente para proteger sus vastos y apartados dominios de nuestro país, si por su pobreza no despertaba la codicia de los filibusteros, ofrecía en cambio, en su dilatada y mal defendida costa, fácil campo para su presas. Como no es posible detallar las numerosas expediciones que durante más de un siglo mantuvieron la alarma en la colonia, nos limitaremos a relatar brevemente las que tocaron nuestras costas dejaron más vivos recuerdos de sus fecharías.

Francisco Drake salió de Plymouth en 1577 con cinco naves, la mayor de cien toneladas, tripulada con ciento sesenta y dos hombres bien armados. Después de recorrer el Atlántico durante nueve meses, apresando buques españoles, atravesó el Estrecho con su cuadrilla reducida a tres buques. El Pacífico lo recibió con un tremendo temporal que duró dos meses y lo arrastró hasta el Cabo de Hornos. Pasada la tormenta, Drake se encontró con un solo buque: otro había naufragado y el tercero arrojado al Estrecho, regresó a Europa, creyendo perdidos a sus compañeros. Otro hombre menos resuelto habría desistido de una empresa a todas luces temeraria; pero Drake desplegó sus velas y se lanzó al norte a desafiar, con una nave de cien toneladas, el poder colonial del rey "en cuyo estado no se ponía el sol". Mal recibido por los indios de la isla Mocha, donde él y nueve de sus marineros fueron heridos de flecha al pretender hacer agua, recaló en Papudo y después en Valparaíso donde llegó el 5 de diciembre de 1578. Apresó a una embarcación mercante española y se adueño del puerto, que abandonaron sus escasos habitantes. Durante tres días cargó todo lo que podía serle útil y destruyó lo que no pudo llevarse; en los galpones encontró gran cantidad de carne salada, tocino, harina, tres mil botijas de vino y otros artículos para su exportación al Perú, pero el botín más valioso fue el oro en polvo que se estimó en \$25.000 de la época. Los piratas saquearon y destruyeron las habitaciones sin respetar una pequeña iglesia, cuyos vasos sagrados fueron adjudicados, como parte de la presa, al capellán puritano de la expedición.

Drake partió de Valparaíso llevando consigo el buque apresado y el 19 de diciembre entró a la Herradura con la esperanza de encontrar el buque perdido en las inmediaciones del Estrecho. Allí supo que a poca distancia estaba la ciudad de La Serena y envió a tierra doce hombres, creyendo que podría tomarla sin más dificultades, tal como había sucedido en Valparaíso. Pero Francisco de Aguirre y los vecinos de la ciudad habían recibido aviso de la expedición inglesa y estaban preparados para resistirla. El anciano guerrero, descolgando sus enmohecidas armaduras, se puso al frente de una pequeña columna de caballería y de infantería, y salió resuelto por los caminos inmediatos a la playa, al encuentro de los invasores. Los ingleses, exagerando el número de sus enemigos, no se atrevieron a presentar combate, se dispersaron de carrera entre las rocas de la costa y ganaron el bote. Uno de ellos fue bárbaramente destrozado por los españoles, sin que sus compañeros pudieran socorrerlo. Fue este el último hecho de armas en que tomó parte el anciano conquistador, quien aunque sin recursos bélicos, pudo salvar a La Serena de los horrores del saqueo y del incendio, hazaña que no pudieron repetir sus nietos en 1680.

Sin ocuparnos de las expediciones que no tuvieron para nosotros mayor importancia, nos referiremos a las de Sharp y Davis que han dejado memorables **recuerdos** en la **región**. **Bartolomé Sharp atravesó** el istmo en 1680 y, después de hacer presas en Panamá y en las costas del Perú, llegó a Coquimbo el 2 de diciembre con un buque y ciento cuarenta y seis hombres. ***"El día siguiente desembarcamos con 35 hombres y tomamos la delantera para trasladarnos a La Serena; pero habíamos andado una legua cuando atacaron 250 jinetes enemigos. A pesar de la superioridad del número, fueron vigorosamente rechazados.***

Una vez que nos vimos dueños del campo, creíamos que era necesario esperar el resto de nuestra gente que se nos reunió una hora más tarde. Marchamos, en seguida, a la ciudad, donde penetramos a las 8 de la mañana. Puede tener tres cuartos de milla en todo sentido y la encontramos bien provista de todos los frutos que tenemos en Inglaterra: había también una buena cantidad de trigo, vino y cobre, la residencia allí era muy agradable. Encontramos en esta ciudad siete iglesias y una capilla: de las primeras, cuatro pertenecían a conventos de frailes, y en todas órganos para los oficios del culto. Cada casa tenían su huerto y jardín, y por su aseo y menaje se asemejaban a las de Inglaterra. En los huertos hallamos fresas de tamaño de una nuez, muy agradable a gusto. Todo en la calidad de La Serena era excelente y delicado, y mejor que cuando esperábamos hallar una ciudad tan apartada". (Relación Sharp).

Las autoridades de Chile tenían conocimiento de que los filibusteros habían penetrado en el Pacífico por el istmo y habían cuidado de poner sobre las armas a las poblaciones de la costa; pero no creían que esos osados aventureros se atrevieran a llegar con una sola nave hasta los mares del sur. Se sabía, además, que el virrey había mandado una escuadra tripulada por setecientos hombres con el fin de perseguir a los piratas y se consideraba como inevitable su destrucción. Así, pues, el arribo de Sharp a Coquimbo fue una sorpresa para los habitantes de La Serena. El corregidor había organizado una compañía de cien hombres de caballería al mando de don Francisco de Aguirre y Riveros, bisnieto del célebre conquistador del mismo nombre; pero esa tropa, inexperta y desprovista de buenas armas, no pudo resistir la solidez y destreza de los filibusteros: sin perder un solo hombre, se dio a la fuga, dejando a la ciudad indefensa (los doscientos cincuenta hombres de que hablaba, Sharp no podían ser más de cien,

como dicen las relaciones españolas). Muchos de los habitantes de la ciudad emprendieron también la fuga hacia los campos, para sustraerse a las extorsiones de los ingleses.

"Cuando los habitantes se convencieron de que no podían oponer resistencia a nuestras armas - continúa Sharp- nos dejaron en completa libertad de refrescarnos. El día siguiente por la mañana consultaron con el gobernador sobre los medios de rescatar del saqueo y se preparó al efecto una conferencia en un punto del camino. El gobernador acudió allí con 55 hombres sobre las armas (cifra exagerada de Sharp) y yo no tenía más de 120. Fue convenido que nos darían \$100.000 por el rescate de la ciudad".

Pero los vecinos no podían pagar una suma tan crecida y el corregidor no pensaba más que en ganar tiempo para reunir elementos de ataque contra los ingleses, que permanecían tranquilos en la ciudad, sin hacer daño a los habitantes que habían quedado en ella. Entretanto el corregidor y su gente se mantenían sobre las armas preparando algún golpe para destruir a los filibusteros. Intentaron inundar la ciudad para impedir el incendio de que estaba amenazada; trataron también de incendiar al buque pirata, acercándose de sorpresa en la noche con una balsa cargada de estopa y azufre, pero la tripulación extinguió el fuego a tiempo.

Estas frustradas tentativas, así como el retardo que los españoles ponían en pagar el rescate y los movimientos de sus tropas en los campos vecinos, hicieron comprender a los ingleses que corrían serios peligros si prolongaban su estancia en La Serena. Resolvieron entonces abandonarla. Al efecto llevaron a su buque todos los objetos que pudieron reunir y en seguida prendieron fuego a las casas y a las iglesias. Ejecutado esto, ***"nos retiramos a nuestro buque, dice Sharp; en esta operación un cuerpo de caballería que estaba en emboscada interrumpió nuestra marcha, pero lo batimos fácilmente sin haber tenido más que un hombre ligeramente herido"***. (En La Serena perdieron a otro hombre a consecuencia de una borrachera). Por sentimiento de humanidad o tal vez por no llevar a su bocas inútiles, dejó Sharp en tierra a los prisioneros españoles que habían tomado en sus correrías anteriores, entre los cuales habían algunos hombres muy destacados.

Pocas horas después de la partida de los ingleses, volvían a la ciudad los habitantes de La Serena. El fuego había consumido la mayor parte del caserío, las casas del cabildo con sus archivos, las iglesias y conventos. Aún fue posible salvar algunos edificios de las llamas; pero los pobladores se hallaban reducidos a la mayor miseria, escasos de víveres y sin recursos para reconstruir sus habitaciones y reparar su mobiliario. Como primer esfuerzo para remediar tanta calamidad, el cabildo acordó, ***"que se hiciese una solemne procesión de nota y de rogativa, pidiendo a Dios nuestro Señor que quisiera servirse de aplacar su ira en razón de 105 trabajos y calamidades que ha padecido esta ciudad, por la entrada e invasión que hizo en ella el enemigo inglés y juntamente darle las gracias por haber liberado las vidas de todos los habitantes de esta ciudad"***. Por acuerdos posteriores, se resolvió poner tarifa a los principales artículos de consumo para evitar su excesivo encarecimiento, y solicitar del rey que eximiese a la ciudad de los gravámenes de censo y alcabalas.

Las correrías de Sharp en las costas del Perú y del norte de Chile se prolongaron todavía por ocho meses. Después regresé a las Antillas, dando la vuelta por el Cabo de Hornos. Para evitar nuevas agresiones, algunos vecinos pensaron en trasladarse a otro lugar pero la oposición del cabildo y del gobernador, evitó el despoblamiento y La Serena empezó a levantarse de sus ruinas, reparando algunos edificios y construyendo otros nuevos. Sin embargo, la tranquilidad no duró mucho. En 1684 una numerosa escuadra de piratas, al mando del capitán **Davis** recorrió durante cuatro años las costas del Perú y México: hizo valiosas presas, se batió con la escuadra del virrey de Panarná, y tomó Guayaquil, obligando a la población a pagar un fuerte rescate. Pero, antes había estado en nuestra costa, renovando la alarma no extinguida todavía, después de la expedición de Sharp.

A la noticia de la aproximación de los nuevos piratas, los vecinos comenzaron a retirarse a Santiago sin que nada pudiera contenerlos. El gobernador mandó entonces que jefe militar del distrito de Liman don **Gaspar** Caldera, impidiese a toda costa la emigración de las personas que abandonaban La Serena. El corregidor don Francisco de Aguirre y **Riveros** dispuso que todos los vecinos encomenderos, estantes y habitantes de La Serena, se armasen a su propia costa, que concurriesen a los ejercicios militares, y que prestasen desde luego los servicios de vigilancia que requería la situación, por cuanto, agregaba, ***"nos puede el enemigo escoger con descuido por la falta de los centinelas y rondas en la playa"***.

Aquellas precauciones no eran innecesarias: **Davis**, viniendo de Perú, se acercó a nuestras costas en mayo de 1686, con una escuadrilla de tres buques de los cuales uno sólo tenía artillería. Su segundo, el capitán Knight, recaló con su buque en la boca de Limarí, recogió algunas provisiones y apresó a un mulato que podía servirle de guía: días más tarde desembarcó en el Puerto de Tongoy y, penetrando confiadamente en los campos vecinos, recogió algún ganado y otros basamentos que se proponía embarcar en su nave.

Pero como esta correría no pudo efectuarse con la celeridad conveniente, dio tiempo al corregidor para que tomase sus medidas en orden a rechazar la invasión. Despachó para ello de La Serena un corto destacamento de caballería al mando de don **Pedro Cortés y Mendoza**, que llegó a Tongoy cuando los piratas se disponían a reembarcarse. Trabajó allí un reñido combate: los invasores, a pesar de las desventajas de la situación y su corto número, se batieron resueltamente y, abandonando las cargas de provisiones, lograron embarcarse con pérdidas de tres ingleses muertos y un francés herido que cayó prisionero. El mal estado de sus cabalgaduras impidió al capitán Cortés apoderarse de toda la partida.

Este combate fue celebrado por los españoles como una señalada victoria; pero luego se convirtió en motivo de nuevas alarmas e inquietudes. Por el prisionero francés, se supo que los filibusteros contaban con fuerzas importantes y se conocieron las atrevidas empresas que habían llevado a cabo en sus últimas correrías. En La Serena renacieron los temores de un nuevo ataque de los piratas; el cabildo mismo, que había mostrado tanta decisión en la defensa de la ciudad, creyó que su situación a orillas del mar era insostenible y pidió al gobernador que le hiciera trasladar a otro sitio más al interior, en el vecino valle de Liman. Consultada la Real Audiencia exigió nuevos datos para resolver y, sobre todo, que se obtuviese el consentimiento de los vecinos y la comunidades religiosas que tenían allí sus conventos y que, además, gozaban de censos, capellanías y otras rentas impuestas sobre la propiedad urbana. Reunido el vecindario en cabildo abierto con asistencia de los preladados de las órdenes religiosas y del cura de la ciudad, se acordó el traslado de ésta **"por los riesgos que tenía del enemigo inglés que hay en la costa"**. Antes de que el gobernador aprobara esta resolución, ocurrieron graves sucesos que impidieron su ejecución.

Davis y Knight se reunieron en Juan Fernández y allí resolvieron separarse; Knight regresó a las Antillas por el Cabo de Hornos y Davis se quedó preparando nuevas correrías. Tenía una fragata provista de buenos cañones y una barca mercante apresada en Pisco, sesenta ingleses y veinte franceses lo acompañaban.

El primer golpe de mano de estos aventureros fue dirigido a La Serena, que algunos de ellos habían visitado con Sharp. Esperaban proveerse en esta ciudad de víveres y recoger un buen botín de oro en polvo, que creían muy abundante en esta región. Antes del amanecer del 14 de septiembre de 1686, fondeaban en Coquimbo e intentaron desembarcar, cambiando algunos tiros con las milicias del corregidor Aguirre. Cuando la primera luz del día les permitió reconocer el terreno, desembarcaron fácilmente y, arrollando la desordenada resistencia que se trató de oponerles, emprendieron la marcha hacia La Serena, sin inquietarse por las trincheras y emboscadas que habían preparado los españoles. Penetraron a la ciudad sin más contratiempo que la pérdida de un hombre.

Pero allí su situación se hizo sumamente difícil y peligrosa: sin conocer el terreno, acosados por todas partes y expuestos a los fuegos que se les dirigían desde las paredes y edificios, los filibusteros se vieron obligados a encerrarse en la iglesia y convento de Santo Domingo. Cada vez que intentaron salir de ese recinto fueron recibidos a balazos y perdieron algunos soldados. Después de más de treinta horas de esta lucha desigual, falto de víveres, escaso de municiones y convencido que aquella resistencia no podía terminar sino con un sacrificio desastroso, Davis determinó regresar a su nave, prendiendo antes fuego al convento. Pero la retirada presenta a las más serias dificultades. En efecto, desde que los filibusteros emprendieron su marcha, se vieron perseguidos por la gente de la plaza que no cesaba de dirigir contra ellos el fuego de sus arcabuces y escopetas, y el de un pedrero o cañoncito de montaña. Davis no perdió en su retirada más que dos nombres; pero dejaba en tierra ocho muertos y prisionero muy mal herido. Los filibusteros se mantuvieron en el puerto algunos días más, sin intentar un nuevo desembarco.

Este triunfo fue muy celebrado con procesiones, misas y acciones de gracia; pero pasaron todavía cincuenta años, antes de que La Serena fuera fortificada y que los vecinos tomaran confianza en sus defensas y abandonaran la idea de trasladarla al interior.

Durante el siglo XVIII, la vida cotidiana se ruralizó y se intensifica la ocupación de las tierras marginales aún no explotadas. En ello influyó la exigencia del mercado peruano que reclamaba un mayor

abastecimiento de trigo. A la vez, Esta exigió el envío de cobre, para fabricar más cañones que le permitiera enfrentar con éxito las guerras contra sus enemigos europeos.

Por otra parte, la minería se impuso como una actividad dominante. Aparecieron pueblos y asentamientos mineros que se consolidaron como villas o ciudades. Tal es el caso de Illapel en el valle del Choapa, fundada por edicto de fecha 8 de junio de 1754, bajo el gobierno de don Domingo Ortíz de **Rozas**.

Se calcula que, a fines de 1790 (estadística que refleja la importancia de la región en la vida económica del Chile de entonces); en la región de Coquimbo se producían treinta a treinta y cinco mil fanegas de trigo, cuarenta mil arrobas de vino, cinco mil de aguardiente y pequeñas cantidades de frejoles, así como nueces, higos, pasas y otras frutas disecadas.

Período de La República

Una vez concluida la guerra de la Independencia, y desde el punto de vista social, se puede afirmar que en los primeros años de la República, la región de Coquimbo mantenía las condiciones que la caracterizaron en el período colonial. Sin embargo, en los años subsiguientes a la emancipación, y en congruencia con la revolución industrial inglesa y las guerras de Europa, la minería del cobre adquirió una importancia notoria iniciándose una serie de transformaciones en las distintas esferas de la vida regional.

La parte norte de Coquimbo manifestó en esa época un menor crecimiento, el cual se podría explicar como una secuela de la guerra de la Independencia y la consiguiente pérdida del mercado peruano. El deterioro en los precios y en la demanda de vinos, que fue uno de los resultados, llevo a muchos hacendados a eliminar sus viñas y a reemplazarlas por trigo y pastos para la crianza de ganado, productos que tenían buena colocación en el mercado interno, pero las condiciones económicas de la población y, a la vez, una menor demanda de obra de mano.

Durante este período se produjo un explosivo crecimiento en el sector sur de la Región, el que se puede vincular a la incorporación del área de Combarbalá a la economía minera exportadora, especialmente de cobre, con la puesta en explotación de sus importantes yacimientos. En La Serena es posible detectar un grupo de habilitadores que operaba en gran escala, entre los que se destacaron, entre otros, los comerciantes Eulogio de Castro y de la Torre, Santiago de Urizar, Ramón Subercaseaux Mercado, Patricio Zeballos Egaña y Manuel Pérez Cotapos. Este último se especializó en colocar el cobre en el mercado exterior.

En esta época, Coquimbo era un pequeño puerto minero sin conexión directa al comercio internacional, pero participante del cabotaje local reservado a los buques nacionales. Ya en los años 1830 había atraído a un número grandioso de comerciantes y profesionales extranjeros y algunas de las más importantes casas comerciales habían abierto sucursales. Entre los personajes más destacados de la época están Jorge Edwards, Tomás Kendall, Edward Abbot, John Walker y David Ross. Y entre sus descendientes no puede dejar de mencionarse a **Agustín Edwards Ossandón y a su mujer Juana Ross de Edwards, dos personas extraordinarias** desde los más diversos puntos de vista. Sobresaldrían el primero por su gran empuje, creatividad y espíritu empresarial, y la segunda por su inmensa caridad que se manifestaría en innumerables obras de beneficencia, muchas de las cuales hasta hoy recuerdan su nombre. Todos ellos formaban parte del grupo más poderoso e influyente en las operaciones comerciales y financieras desarrolladas al interior de las actividades portuarias, mineras y comerciales. El puerto crecería como un asentamiento dedicado al tratamiento de minerales. El resto de la Región comenzó a vivir la consolidación de una estructura urbana consolidacional amparo de la actividad minero-agrícola. En estos años, La Serena empezó a adquirir una fisonomía marcadamente urbana y reflejó un mejoramiento generalizado en sus condiciones de vida.

El desarrollo agrícola alcanzado en el valle del río Liman, provocó en su seno la concentración de un número elevado de población, en su mayor parte dispersa. Las formas de vida de esta población preocupaban a tal punto a las autoridades, que en 1831 se decidió fundar la ciudad de Ovalle, con el fin de aglutinar y prestar atención a todo este poblamiento disperso, ligado a las actividades agrícolas, ganaderas y mineras.

Por estos años, además, se produjo uno de los más importantes inventos desde el punto de vista de la minería. Se trata de la técnica desarrollada por Lambert, que permitió poner en explotación los sulfuros de cobre, ya que hasta entonces sólo podían explotarse los óxidos. Una parte importante del cobre

en esta Región y en el país, se encuentra bajo la forma de sulfuros, de donde se puede deducir la gran trascendencia de esta innovación tecnológica.

En efecto, trabajando los desmontes de la mina El Brillador, Lambert introdujo los hornos de reverbero en 1843, los cuales permitieron un aumento considerable en las exportaciones de cobre a través del puerto de Coquimbo, hacia donde convergían los minerales de Andacollo, Panulcillo y Ovalle.

La primera fundición fue instalada por Lambert en Guayacán, en las inmediaciones del puerto de Coquimbo, en el año 1831. En 1941 instaló en La Serena el primer laminador del país, con lo cual pudo abastecer de láminas de cobre y latón al mercado nacional.

José Tomás Urmeneta fue otro de los grandes empresarios chilenos del siglo. Su disciplina, esfuerzo y una buena dosis de suerte lo llevaron después de años de solitaria búsqueda, a ser hombre de fortuna, de la noche a la mañana, al descubrir los ricos depósitos de cobre de Tamaya, en 1852.

"Reventó -escribe Benjamín Vicuña Mackenna- el alcance portentoso y el feliz tesorero industrial, hijo y nieto de celtas endurecidos en el trabajo y en la fé encontróse una mañana el hombre más rico de Chile y de la América del Sur", y agrega: 'No ha habido minero en Chile que haya merecido más ampliamente su suerte y su caudal' ".

El éxito final de su empresa llevó a Urmeneta a fundar los establecimientos - fundiciones de cobre de Guayacán y Tongoy. Construyó ferrocarriles, habilitó dos puertos en el norte; se unió a Matías Cousiño en Arauco, y organizó una flota de vapores para el transporte del mineral; distribuyó grandes capitales en obras de beneficencia y de instrucción pública: levantó en su poderío un museo de arte y, ayudó en privado a todos los artistas de su tiempo. Compró haciendas y se dedicó a la agricultura; avivó incipientes industrias e hizo el bien en todas partes. No olvidemos que además fue candidato a la Presidencia de la República, en 1871.

La cúspide del desarrollo económico se alcanzó entre 1872 y 1880, cuando llegaban a La Serena y Coquimbo importantes flujos de migrantes atraídos por la creciente actividad cuprera. Esto se reflejó en la construcción urbana, en un acceso progresivo a medios modernos de transporte y comunicaciones, y en un importante auge de la actividad comercial y bancaria, que se inició en esa época.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la República se encontraba en una etapa de consolidación de sus diferentes estructuras. La población continuaba en aumento, las ciudades se fortalecían y crecían a un ritmo que delataba la riqueza generada por sus recursos.

De este modo, la actividad económica, tanto agrícola como minera y ganadera, se encontraban en un excelente nivel. En este mismo período se hicieron importantes inversiones de infraestructura vial de riego para permitir a la agricultura satisfacer las demandas de la minería. Un ejemplo significativo fue la construcción del canal de Bellavista en La Serena. Otra de las medidas tendientes a crear condiciones favorables para el desarrollo de la agricultura estaba relacionada con las actividades de la Caja de Colonización Agrícola, la cual adquiría tierras que se encontraban en condiciones de uso poco provechoso y las distribuía entre colonos. Con esto se perseguía adscribir nueva población a la tierra tanto para asegurar una mayor actividad agrícola regional, como para dar posibilidades de trabajo a la población.

Una de las medidas más espectaculares y trascendentes emprendidas para impulsar el desarrollo de la Región fue el Plan Serena, generado en el gobierno de don Gabriel González Videla, ya en pleno siglo XX.

El Plan Serena (1946-1952)

Hasta el año 1920 y en comparación con el período anterior, la población de La Serena disminuyó, acusando las consecuencias de la paralización de los yacimientos y fundiciones de cobre, y de la emigración de fuertes contingentes regionales de población hacia las salitreras y ciudades del Norte Grande. Por efecto natural la ciudad y la región, carentes de las bases económicas que la sustentaban, entró en una nueva fase de decadencia. Debería esperar una relativa reactivación de la minería de hierro y del cobre, que permitiría captar nuevamente capitales, tecnología y mano de obra. El momento propicio para ella llegó cuando el salitre perdió su carácter monopólico. Esta situación histórica se proyectó prácticamente hasta

1945 año en que emergió una figura egregia en el escenario político nacional y regional: don **Gabriel González Videla** (1899-1980), creador y artífice de un nuevo modelo de desarrollo integral para el país.

El Plan Serena constituyó una experiencia piloto de desarrollo, inspirada e impulsada por este hijo de la tierra serénense, y por entonces Presidente de la República.

En la exposición que el Presidente hiciera al Congreso Nacional, en el Mensaje leído el 21 de Mayo de 1951 sobre la finalidad y proyecciones del Plan de Fomento y de Transformación Urbanística, llevado a cabo en la provincia de Coquimbo, especialmente, en la ciudad de La Serena, dijo:

"La Serena., como le ha ocurrido a todas las ciudades del norte de Chile, debe su atraso urbanístico en primer termino a que sus hijos no supieron aprovechar la época del esplendor y apogeo de los descubrimientos mineros ..

"La Serena es la única ciudad de Chile que ha podido conservar -a pesar de los propios serenenses el estilo colonial, característico de las ciudades de América Latina ..

"Devolver a la ciudad su clásico estilo arquitectónico y su primitiva perspectiva del océano y del valle, es una obra que no sólo tiene un alcance de urbanismo local, sino que mira el interés nacional..

El Plan Serena puede ser presentado gráficamente por tres órbitas concéntricas:

1. Plan de Urbanización y transformación de la ciudad de La Serena.
2. Ampliación de la Zona Agrícola Circunvecina y formación de las Zonas Industriales de Juan Soldado y Guayacán.
3. Plan de Fomento Agrícola y Minero de la Provincia de Coquimbo.

Para su completa realización fue necesario crear un comando único que tuviera la responsabilidad de dirigir y ejecutar todos los trabajos bajo la supervisión y coordinación directa de don Gabriel González Videla.

Conjuntamente con los Jefes y Directores de Servicio a nivel nacional y para dar solución a las dificultades técnicas en terreno, participaron el Intendente de la Provincia Edmundo Toro G. y Fernando Illanes A.; el ingeniero de caminos de la provincia, Alfonso Díaz; el ingeniero del Departamento de Riego de la D.G.O.P., Juan Bennett A.; el ingeniero agrónomo de la D.G.A., Juan Alemparte R.; el ingeniero del Departamento de Hidráulica de la Isaías Marticorena; el arquitecto provincial Alvaro Daza; el ingeniero del Departamento de FF.CC., Alberto Contesse; los ingenieros Luis Alvarez y Sr. Hernán Rubio y el arquitecto Guido Bertin.

Para los trabajos definitivos de ornamentación, proyectados por el arquitecto urbanista: Guillerino Ulriksen y el arquitecto paisajista Oscar Prager, el gobierno español envió al arquitecto José Manuel Gómez Valcárcel.

Este ensayo de planificación iniciado en La Serena no fue sólo una medida que pretendió aminorar el éxodo de la población, sino también el comienzo de una verdadera y positiva política de descentralización. El proyecto no constituyó, en consecuencia, únicamente la exaltación sentimental del hijo que ama a su tierra natal, sino el inicio de un programa a nivel nacional.

Sin embargo, un breve atisbo a la vida familiar de Gabriel González Videla nos permite comprender su compromiso telúrico.

Fue el hijo mayor de la familia serénense, constituida por Gabriel González Castillo y Teresa Videla Zepeda, padres de dieciocho hijos, a quienes educaron bajo los preceptos de la religión católica. Diariamente, al anochecer rezaban el rosario con letanías en latín.

En una vieja casona de tejas con tres patios y huerto de árboles tropicales, su madre lo instruyó y preparó para ser Presidente de la República de Chile. A los cuatro años comenzó la dura tarea de aprender en el silabario de párvulos. A los seis recitaba de memoria, unos pequeños discursos, en los cumpleaños de sus padres, los que le habían sido enseñados por su padrino, el cura Domingo Fritis.

Curso sus estudios primarios y secundarios en el Liceo de Hombres de La Serena y, en 1917, una vez aprobado el Bachillerat^o, postul^o e ingres^o a la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile.

Trabaj^o en la agencia del diario "El Sur" de Concepci^on y, en 1919, Carlos D^ovila director del diario "La Naci^on", lo contrat^o como secretario privado. Activo militante del Partido Radical, concurri^o a la Convenci^on de la Alianza Liberal para elegir candidato a la Presidencia de la Rep^ublica, elecci^on en la que Arturo Alessandri gan^o a Eliodoro Y^añez.

En 1922 regresar a La Serena para sumir la responsabilidad de mantener a la familia. Se emple^o como abogado y abri^o su estudio profesional. Hasta su nominaci^on como candidato a la Presidencia de Chile en 1946, vivi^o intensamente desde las filas del partido radical, el profundo proceso de cambios que experiment^o el paⁱs en la primera mitad del siglo XX.

En la actualidad puede afirmarse que durante los ^ultimos tiempos ha habido un plan coherente e integrar para enfrentar el desarrollo de la IV Regi^on Coquimbo y que, pese a la administraci^on de los distintos gobiernos que ha tenido el paⁱs, el Plan Serena, y los habitantes de los valles circunvecinos son testigos de un crecimiento y un desarrollo pensado y proyectado hace 45 a^os.